

El hambre andaluza, caldo de cultivo para el arte de Cúchares

● Cuatrocientos veintidós toreros muertos en los ruedos

Eduardo de Guzmán

*Manuel García, un mozo sevillano
que a finales del siglo pasado
pretende alcanzar la fortuna
a base de un valor suicida en los ruedos,
responde fatalista y estoico
a quienes le advierten del grave peligro de las cogidas.*

—¡Más cornás da el hambre...!

*Sesenta años más tarde, otro mozo andaluz,
Manuel Benítez de nombre,
anuncia a una hermana su firme voluntad de jugarse la vida
en los cosos como única posibilidad de
escapar a la miseria que les ahoga:*

—¡O te compro un cortijo, o llevarás luto por mí!

*Al primer mozo, «Espartero» de apodo,
le envuelve un aura de majeza y bravura
tras su muerte en la plaza de Madrid
entre las astas buidas de un toro de Miura.*

*Al segundo, «Cordobés» de mote y naturaleza,
le acompaña una leyenda de signo diametralmente opuesto.*

*Nuevo rey Midas que transforma en oro cuanto toca,
Benítez es, con mucha diferencia sobre todos los demás,
el diestro que ha ganado más millones
en toda la dilatada historia de la Tauromaquia.*



Lagartijo, Frascuelo y Mazantini, con sus cuadrillas. Cuadro de Vázquez Díaz.

MUERTE y suerte, «El Espartero» y «El Cordobés» son las dos caras opuestas y complementarias de la moneda antigua y ensangrentada del toreo. Partiendo ambos de idénticas hambres, utilizando los mismos procedimientos para alcanzar la riqueza, uno ve superados por la realidad sus sueños más optimistas, mientras el otro se queda a mitad del camino, desangrándose en

el ruedo con el pecho partido por el certero derrote de un cornúpeta.

Los dos Manueles —García y Benítez— son la síntesis y los símbolos más elocuentes y expresivos de eso que muchos continúan aún hoy denominando nuestra Fiesta Nacional. Una fiesta —la más antigua de España— que en estos días primaverales de 1978 inicia su enésima temporada, y

la inicia, pese a una pretendida decadencia y a una crisis de la que se lleva siglos hablando, con el mismo ímpetu y respaldo popular que podría hacerlo en 1878 ó 1778. Porque incluso en épocas de transición como la que ahora vivimos, en que la sociedad nacional conoce cambios y transformaciones profundas, el espectáculo dramático de los toros perdura y continúa, modificado en la apariencia

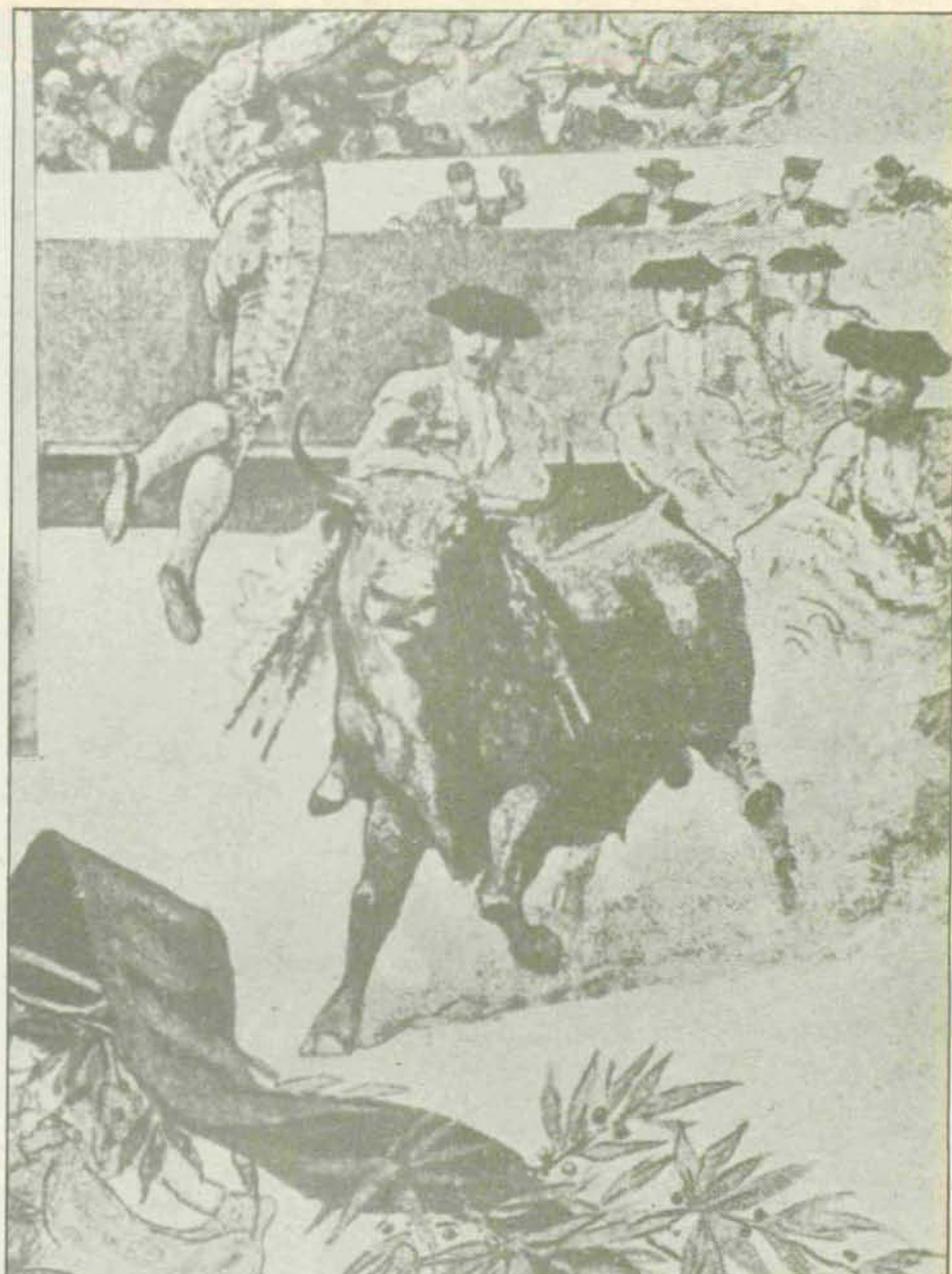
superficial, pero inmutable en su esencia y significado.

¿CARA O ESPEJO DE ESPAÑA?

En más de una ocasión he dicho —y lo repito ahora— que, pese a la aparente liviandad del tema, de los toros no se debe hablar y menos escribir de una manera alegre y despreocupada. Aunque la afirmación pueda escandalizar a muchos y obligar a rasgarse las vestiduras a los fariseos de turno, conviene precisar de una vez por todas que —como el mismo Ortega reconocía y proclamaba— se trata de un asunto grave y serio; uno de los de mayor monta, en realidad, para el español de todos los tiempos. Y no sólo para los aficionados, sino con tanta o mayor razón para los indiferentes y muy especialmente para los detractores del espectáculo que se desarrolla en las plazas.

Consciente o inconscientemente, todos los creadores labran su obra maestra a su imagen y semejanza. La fiesta brava es creación original y exclusiva del pueblo español. Entre el hombre ibérico y el toro existe una relación remota, un enfrentamiento milenar que sobrepasa los límites angostos de la historia para adentrarse en la oscuridad y misterio de la prehistoria. Desde hace diez o doce mil años en que nuestros antepasados del neolítico dejaron en sus cavernas de Levante y Andalucía imágenes impresionantes de las primeras corridas con la muerte del uro o **bos primigenius** hasta los toreritos de la última hornada, no se interrumpe en ningún momento el contacto azaroso y sangriento entre los moradores de la península y el más bello y bravío de los animales.

Aunque en el transcurso del tiempo, la tauromaquia —lucha con el toro en su sentido



Cogida y muerte de «Espartero» en la plaza de Madrid, según un dibujo de «La Lidia».

literal— experimenta grandes modificaciones que eliminan buena parte de su barbarie original, todavía persisten en ella rastros de primitivismo y crueldad, mezclados con otros de generosidad, majeza y abnegación. El problema estriba en saber si todos estos rasgos contradictorios —luces y sombras— son un espejo que se limita a reflejar las virtudes y defectos del pueblo que forja el espectáculo, o si, por el contrario, su entusiasmo por la fiesta de toros ha hecho del español lo que es, infundiéndole una indiferencia impresionable —espantable, mejor— por el sufrimiento, la sangre y la

muerte. En uno u otro caso, el tema se presta a hondas meditaciones que pueden ayudarnos a comprender algunas de las muchas tragedias incomprensibles de nuestra dolorida España.

Con arreglo a la sensibilidad y gustos de cada uno, todos podemos indignarnos o entusiasmarnos; lo único que evidentemente no cabe es encogerse de hombros y negar la realidad de que mientras tantas cosas pasan en nuestro país para no volver, la fiesta tradicional continúa. ¿Dónde radica el secreto de su perdurabilidad a través de milenios? ¿Qué extraño fenómeno

hace posible a finales del siglo XX la supervivencia de ritos y sacrificios mágicos que tienen su origen en la mitología de los pueblos primitivos? ¿Por qué el español actual —una parte de su pueblo cuando menos— se siente tan subyugado e identificado con el sangriento ceremonial taurino como sus remotos abuelos del neolítico? ¿Qué influencias, benéficas o nocivas, fastas o nefastas ejercen en su espíritu, en su forma peculiar de entender la vida y de afrontar la muerte?

Las preguntas se agolpan en nuestros labios y ninguna tiene fácil ni rápida respuesta. Con sólo formularlas ya advertimos que la aparente intrascendencia del tema encierra cuestiones arduas y problemas esenciales del pueblo español. Porque si en todos los países y en todas las profesiones el interés es la suprema palanca que mueve e impulsa a los hombres, en ningún otro lugar u oficio el modo más fácil de alcanzar fama y riqueza consiste en jugarse la existencia al albur de una suerte ante los ojos emocionados de la multitud, conforme sucede en España con los toros.

422 TOREROS MUERTOS EN EL RUEDO

—Pero —podrá preguntar cualquier escéptico— ¿de verdad es tan peligrosa actualmente la profesión de torero?

La respuesta tiene que ser afirmativa por mucho que suene a tópico de españolada de pandereta. Junto a los dos protagonistas del espectáculo —el hombre y la bestia enfrentados agónicamente en el ruedo— hay siempre un fantasma que la gente no ve, pero que constituye parte esencial del espectáculo. Tanto que sin él —sin la emoción angustiada de la cogida— hace siglos que hubiera dejado de existir, porque la presencia invisible

de la muerte confiere un máximo valor a cuanto sucede en la arena. La muerte que roza los alamares toreros constituye la piedra angular sustentadora de la corrida y la explicación de su supervivencia a través de los tiempos. En fin de cuentas, y aunque parezca una siniestra paradoja, el torero vive gracias a los toreros muertos.

¿Cuántos son estos toreros muertos en el ejercicio de su profesión? No lo saben, ni siquiera aproximadamente, los más concienzudos historiadores taurinos. Aunque todos sabemos que existen toreros profesionales por lo menos desde mediados del siglo XIII en que Alfonso el Sabio termina la redacción de su Código de las Siete Partidas —en las que considera y califica de infamante dicha profesionalidad—, nada sabemos de los diestros que perecen en las plazas durante los quinientos años siguientes. El primer torero que encabeza la lista de los profesionales muertos en los ruedos es un varilarguero llamado Marcos Sáez, que pierde la vida en Sevilla en 1747. De todo el siglo XVIII —en que triunfa la revolución que convierte el chulo en matador y relega al caballero rejoneador a la caricatura del picador— no conocemos los nombres más que de ocho toreros víctimas de los astados, cuando seguramente fueron quince o veinte veces más numerosos.

De acuerdo con los datos de los historiadores taurinos ascienden a 422 los profesionales del toreo —cuyos nombres, apodos, fecha y lugar de la tragedia conocemos— que pierden la vida en el ejercicio de su oficio. No cabe duda, sin embargo, de que si en dichas estadísticas son todos los que están, no están ni mucho menos todos los que son. Sobre no aparecer ningún diestro muerto antes de 1747, faltan muchos de los heridos mortalmente en los siglos XIX y

XX: oscuros novilleros, becerristas o banderilleros cogidos por los astados en cualquier capea pueblerina celebrada en España o en uno de los varios países americanos y europeos donde se dan —o se dieron en épocas pasadas— fiestas taurinas. En las listas en cuestión no figuran más que los toreros profesionales y en ellas no aparecen los aficionados muertos por accidente —como el que a mediados de marzo pasado se estrelló contra la barrera en la plaza de toros de Valencia— ni los espontáneos que se arrojan a los ruedos ni los mozos que corren en los encierros, que sólo en los últimos años y por lo que a Pamplona respecta, ascienden a una docena.

Con arreglo a su categoría profesional, estos 422 toreros muertos se distribuyen así: Matadores de toros, 53; novilleros, 154; banderilleros, 133; picadores, 61; rejoneadores, 7; puntilleros, 2, y toreros bufos, 2. A muchos sorprenderá que el número de banderilleros caídos en los ruedos duplique ampliamente al de matadores y que las víctimas novilleriles casi triplican a las sufridas por los doctores en tauromaquia, pero así es, aunque en general sólo se suele hablar de los espadas de alternativa. Con razón o sin ella, en este como en tantos otros aspectos de la vida, importa más la calidad que la cantidad. Y la calidad de los matadores de toros que perecen en las plazas resulta indiscutible con sólo advertir que entre ellos figuran varios de los más grandes maestros de todos los tiempos. Los nombres de José Delgado, «Pepe-Hillo», discípulo de «Costillares» y rival de Pedro Romero, en unión de los cuales protagoniza la primera edad de oro de la tauromaquia moderna; de Francisco Herrera, «Curro Guillén», muerto en Ronda, pese al heroísmo de Juan León, que se deja prender por el astado en un inútil intento de salvar la vida de su

maestro; de Manuel García, «El Espartero», torero de co-pla y romance, herido por un toro de Miura en la plaza de Madrid; de José Gómez, «Joselito», el diestro mejor dotado de toda la tauromaquia, caído en Talavera en 1920; de Manuel Granero, su posible continuador, que en 1922 sufre en Madrid una terrible cornada que, penetrándole por un ojo, destroza su cerebro; de Francisco Vega de los Reyes, «Gitanillo de Triana», al que algunos califican de Einstein taurino al haber introducido la dimensión tiempo en el toreo a la verónica; de Ignacio Sánchez Mejías, amigo y mecenas de la generación poética del 27, muerto en Manzanares en 1934, y de Manuel Rodríguez, «Manolete», certeramente herido por un morlaco de Miura en la plaza de Linares en 1947, no dejan lugar a la menor sombra de duda.

Pero la lista de víctimas del toreo no se cierra por desgracia, como algunos dan por supuesto con el nombre de «Manolete». En los treinta años largos transcurridos desde el mes de agosto de 1947, más de otro medio centenar de toreros han venido a sumarse a las estadísticas que encabeza el oscuro varilarguero Marcos

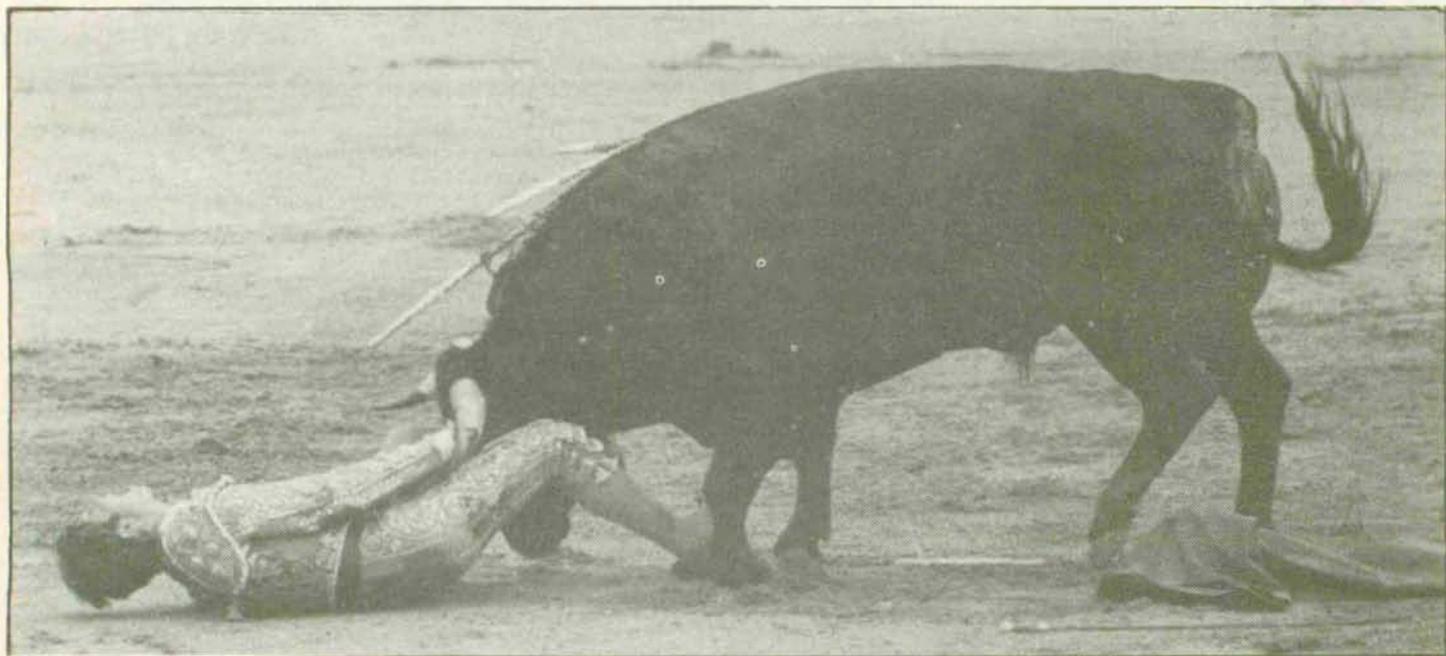
Sáez. Entre ellos aparecen seis matadores de toros, dos rejoneadores, varios novilleros y peones y hasta un puntillero. Todo lo cual demuestra que, contra todo lo que se piensa y se dice, la profesión taurina continúa encerrando grandes peligros. (La mejor prueba de su peligrosidad la tenemos en la muerte de Antonio Bienvenida que, retirado de los ruedos tras más de seis lustros de actuar en ellos como matador de alternativa, resulta volteado y muerto por una becerria en un tentadero celebrado en El Escorial el 5 de octubre de 1975).

RIESGO Y RECOMPENSA DEL TORERO

La realidad es que, digan lo que quieran aficionados y críticos, la profesión taurina es siempre arriesgada y los toreros actuales, según demuestran los números, ponen su vida en tanto o mayor peligro que los de épocas precedentes. En efecto, si suman 422 los toreros muertos en las plazas o a consecuencias de las lesiones sufridas al enfrentarse con los astados de los que tenemos noticias concretas y exactas, ascienden nada menos que a 285 los que perecen a lo largo

de los setenta y siete años ya transcurridos del siglo XX. Es decir, que en estos últimos quince lustros se producen el 68 por 100 de todas las desgracias taurinas conocidas y se doblan con creces las víctimas ocasionadas por los cornúpetas en la centuria pasada. Concretamente, en todo el siglo XIX mueren 128 lidiadores profesionales, mientras que en el actual, cuando aún faltan veintidós años para su conclusión, los lidiadores caídos en las plazas son ya 154 más.

Podrá argüirse —y se arguye con toda razón— que al ser actualmente más numerosos los festejos taurinos —el pasado año 1977, en plena crisis económica, se han celebrado en España doble número de corridas de toros que en los tiempos áureos de la competencia entre «Joselito» y Belmonte—, es lógico, obligado incluso, que lo sean también los percances. Pero, pasado por alto que esta concesión ya lleva implícita el reconocimiento de que los riesgos no han disminuido en la proporción que algunos pretenden, justo es reconocer también que los gigantescos avances de la Medicina y la Cirugía durante los últimos tiempos han salvado muchas vidas que an-



Cogida impresionante de «El Cordobés», el día que confirmó su alternativa en Madrid.

tes se hubieran perdido de una manera inevitable. Cornadas que hoy revisten escasa gravedad, resultaban mortales antes de conocerse las sulfamidas y los antibióticos. Fleming y sus continuadores han hecho más quites a la muerte dentro y fuera de las plazas que todos los capotes toreros habidos y por haber.

Es evidente, sin embargo, que no sólo ha disminuido la edad y el peso de los toros que se lidian, sino incluso que una inteligente selección ganadera ha variado sus características físicas y psíquicas, consiguiendo unas reses de bravura más dócil y pastueña, de menor aspereza y sentido y con una cornamenta que ofrece mayores facilidades para la aproximación del lidiador. Enfrentarse con estos astados resulta menos arriesgado que contender con los que se corrían el siglo pasado; tanto es así que, de torear hoy como entonces, la cogida, con su dolorosa secuencia de heridas y muertes, constituiría un hecho insólito, rarísimamente presenciado en las plazas actuales. Como no resulta así, conforme demuestran los hechos y no hay diestro más o menos famosos que no tenga los muslos cosidos a cornadas, forzosamente hemos de preguntarnos por las causas de esta aparente contradicción. La respuesta está, naturalmente, en que si los toreros ganan cada día más, las exigencias de los públicos son también mayores y los diestros tienen que arrimarse a los astados más que nunca y pisar un terreno en extremo comprometido en que son más fáciles y frecuentes los percances.

En el ejercicio de su profesión el torero vive en constante riesgo. Cumple así —sin proponérselo, naturalmente; sin sospecharlo siquiera— la condición esencial del superhombre nietschiano: vivir peligrosamente. Nunca sabe al comenzar la corrida si saldrá



Ni los espontáneos ni los mozos muertos en los encierros —como éste sangriento de Pamplona— figuran en las estadísticas entre los profesionales muertos en los ruedos.

por su pie de la plaza. Todo su arte y sabiduría no le garantizan contra los riesgos de una leve e inesperada desviación de la trayectoria seguida por los pitones del astado. Cada lance o pase, cada vez que se enfrenta a la bestia, puede llegar al final. Ha conseguido ya posiblemente cuanto podía ambicionar en sus sueños de adolescente; pero allí, frente al toro, está a solas con su destino. Tiene que jugarse cuanto posee y volverlo a ganar —o perder definitivamente— en la más azarosa e incierta de las partidas.

La compensación está, naturalmente, en todo lo que el triunfo trae aparejado. El del torero resulta, por múltiples y variadas razones, más completo y halagador que el de cualquier otro individuo. No

tanto por el dinero —que siempre se exagera lo que percibe—, la popularidad y la fama como por el hecho de conseguirlo todo cuando verdaderamente importa: en plena juventud. En todas las latitudes y profesiones los triunfadores —financieros, científicos o literarios— no suelen serlo antes de que los años debiliten sus cuerpos y llenen su ánimo de amargas desilusiones. La gloria y la fortuna ambicionadas llegan siempre teñidas de inevitable melancolía al conquistarse en la vejez, extinguidas casi todas las pasiones vitales. No es posible ya tener un concepto dionisiaco de la existencia y proceder en consecuencia. El matador de toros, por el contrario, puede y debe tenerlo. Con la inmensa ventaja —en

este aspecto concreto lo es— de que el **peligro que le acecha** hace infinitamente más valiosos cada uno de sus minutos. Cuando estamos amenazados de muerte, la simple prolongación momentánea de la vida, el hecho elemental de seguir respirando constituye un inmenso placer, imposible de imaginar siquiera por quienes no hayan llegado a experimentarlo personalmente.

PLAZAS Y GANADERIAS MAS PELIGROSAS

Hay plazas donde las exigencias del público y el interés puesto por los diestros en complacerle hacen aumentar los percances sufridos en su ruedo por los profesionales del toreo. También existen ganaderías cuyas reses ofrecen por su casta, genio, cornamenta o dureza mayores dificultades y peligros para la lidia. Como lógica consecuencia en torno a ciertos cosos y especialmente a determinadas divisas se teje una espantable leyenda, tanto o más que entre los propios toreros, entre los aficionados en general. Veamos ahora, con datos y cifras concretas la justificación que pueden tener esos temores y prevenciones.

Las ciudades donde se han producido mayor número de tragedias toreras son las siguientes, relacionadas por orden numérico de los profesionales del toreo muertos en ellas:

Madrid	55
Méjico	16
Sevilla	13
Barcelona	11
Valencia	7
Lima	6
Zaragoza	6
Málaga	6
Puerto Santa María .	6
Murcia	5
Granada	5
Nimes	4

Una simple ojeada basta para comprobar que se trata de las ciudades más populosas de los países o regiones en que está autorizada la fiesta y, por consiguiente, aquellas en que se celebran mayor número de festejos taurinos: Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Zaragoza, Murcia, Málaga y Granada constituyen los núcleos urbanos más importantes de España —aunque las tres últimos sean superadas ahora en habitantes por Bilbao— donde cada año se organizan más corridas. Una excepción la constituye el Puerto de Santa María; pero la plaza del Puerto figura en los siglos XVIII y XIX entre las primeras de la península y a esas dos centurias pertenecen la totalidad de las víctimas que se producen en su ruedo.

En cuanto a las ciudades extranjeras, conviene señalar que en Méjico, que ahora duplica ampliamente en moradores a Madrid y que le sigue en la estadística con menos de un tercio de víctimas, no empiezan a organizarse corridas de toros en serio hasta muy avanzada la mitad del siglo XIX. En Lima, donde la fiesta tiene tanta antigüedad como en las grandes ciudades españolas, siempre el número de festejos es inferior a los de Madrid o Sevilla. Respecto a Nimes es la población con mayor tradición taurina de todo el mediodía francés. Pero se advertirá que hablamos de ciudades y no de plazas; la razón estriba en que las desgracias señaladas no se producen en un sólo y mismo coso, en cada población, sino en varios que funcionan sucesiva o simultáneamente a través de los años. Esto, que tiene perfecta validez en gran número de las poblaciones citadas, adquiere especial significación en el caso de Madrid. Las cincuenta y cinco tragedias indicadas no sólo tienen

como escenarios las tres grandes plazas alzadas sucesivamente —siglos XVIII, XIX y XX— en las proximidades de la calle de Alcalá —que gracias a ellas pasa por ser «la calle más torera del mundo»— sino también en otras dos alzadas en los pueblos vecinos —hoy simples barrios de la capital— de Tetuán de las Victorias y Carabanchel Bajo.

Mayor interés alcanzan las ganaderías a que pertenecen las reses que producen mayor número de víctimas. Advirtamos, sin embargo, que las cifras tienen en este punto un valor muy relativo. Es lógico y natural que vacadas que llevan más de un siglo criando toros bravos figuren destacadas en esta crónica negra, sin que esto implique que sus astados ofrezcan riesgos superiores a los de otra que ni siquiera aparece en la relación, pero cuya antigüedad no se remonta arriba de ocho o diez años; también que las divisas que lidian quince o veinte corridas por temporada, aventajen a las que sólo venden dos o tres por año. Son dos extremos que conviene tener muy en cuenta. Las veinte ganaderías a que pertenecen los morlacos que ocasionan mayor número de percances funestos son las siguientes:

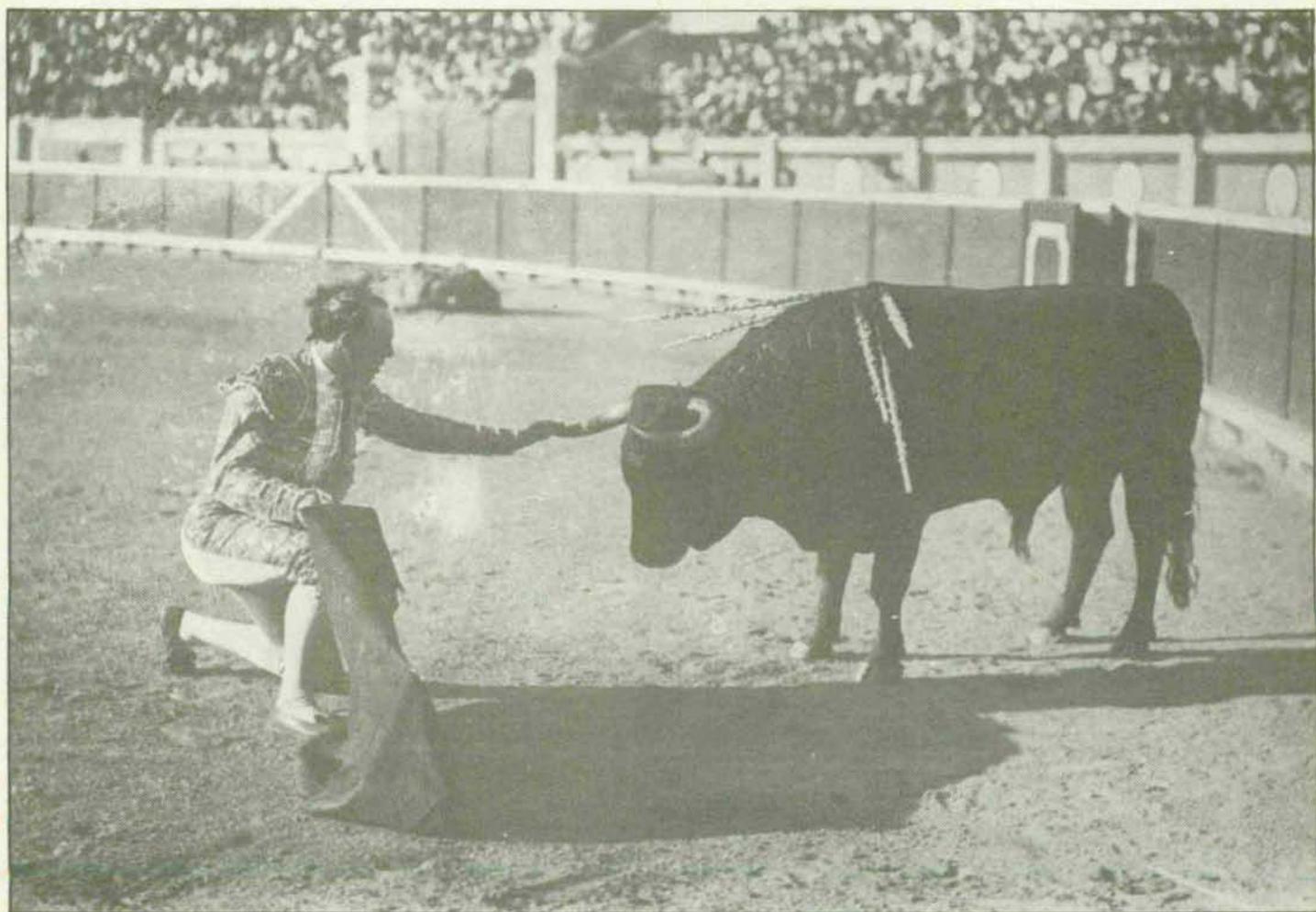
Ganaderías	Víctimas
Veragua	8
Miura	8
Anastasio Martín .	6
Zaballos	6
Concha y Sierra ..	6
Moreno Santamaría	5
Saltillo	4
Ripamillán	4
López Plata	3
Lescot	3
Zalduendo	3
Palha	3
Pérez de la Concha.	2
Contreras	2
Adalid	2
Pablo Romero	2
Villagodio	2

Villamarca	2
Lerena	2
Alipio P.Tabernero.	2

Resulta lógico y comprensible que Miura y Veragua ocupen los dos primeros puestos, independientemente de la especial peligrosidad de sus reses. Durante más de un siglo los toros veragüenos no faltan en ninguna feria importante y no puede sorprender demasiado que entre los millares de cornúpetas que lucen en las plazas la divisa ducal los haya causantes de desgracias tan impresionantes como la muerte de Manuel Granero en la plaza de Madrid. Pero justo es consignar que si los astados de Veragua tienen fama de incómoda asperaza, nunca les envuelve una aureola trágica semejante a la que rodea a los miureños, pese a que unos y otros ocasionan igual número de víctimas.

No cabe duda, sin embargo, de que la prevención torera contra los toros de Miura tiene un fundamento serio y cierto. Desde su presentación en Madrid en 1849, las reses con divisa grana y verde —que en las plazas madrileñas es siempre y negra y verde— se distingue por su dureza de patas, flexibilidad de cuello, áspera fiereza, acusado sentido y temible seguridad en los derrotes. Son animales que aprenden pronto a distinguir entre el engaño y el cuerpo del lidiador, frente a los cuales el menor descuido tiene las más dolorosas consecuencias. Su trágica aureola no se debe, por lo tanto, exclusivamente al número de muertos que ocasionan, que no exceden de los ocasionados por los de Veragua y rebasen en poco los de Anastasio Martín, Zaballos y Concha y Sierra. Buena parte de su leyenda hay

que atribuir a la fama de los diestros que frente a ellos pierden la vida. Aparte del más conocido de todos, «Manolete», primera figura indiscutible de su época, aparecen otros tres matadores de toros entre las ocho víctimas de los miuras. El que inicia la serie, muerto en el ruedo de Madrid en una corrida solemne ante los ojos espantados de Isabel II que asiste al espectáculo, es José Rodríguez, «Pepete»; se da la curiosa circunstancia de que sea hermano de un abuelo de «Manolete» que cierra ochenta y cinco años después en Linares la trágica lista abierta por su pariente en la vieja plaza de la Puerta de Alcalá. Los otros dos espadas mortalmente heridos por los miuras son Domingo del Campo, «Dominguín», que perece en Barcelona en 1900 y el famoso Manuel García, «El Espartero», cuya vida siegan



Sánchez Mejías, amigo y mecenas de la generación poética del 27, muerto por un astado en 1934.

los agudos pitones de «Perdigón», perteneciente a la temible vacada.

LOS TOREROS Y EL HAMBRE

Aun siendo tan excepcional lo que el triunfo significa y representa para el torero, son tantos los riegos, amarguras y desilusiones que tiene que vencer durante largo tiempo quien aspira a escalar los más altos puestos de la tauromaquia, que únicamente los desesperados, acuciados por el hambre y la necesidad, parecen capaces de superarlos. En efecto, si en los tres siglos de la tauromaquia moderna han sido muchos los señoritos y aristócratas que tentados por la popularidad y la fama se lanzaron a los ruedos, ninguno persistió en el empeño lo suficiente para figurar entre los grandes toreros de cual-

quier época. El más conocido de todos, don Rafael Pérez de Guzmán, lo es más por su heroica muerte frente a una partida de bandoleros defendiendo a los viajeros de una diligencia, que por sus proezas ante los astados. Aunque matador de alternativa durante algunos años no pasa en ningún momento de ser espada de muy segunda fila. Igual les sucede a todos los mozos adinerados —hijos de ganaderos en la mayoría de los casos— que figuran un tiempo más o menos largo como toreros profesionales. En general, y salvo muy escasas excepciones, quienes disponen de medios de fortuna, por escasos que sean, desisten pronto de sus afanes taurómicos. Son los auténticos necesitados, aquellos para quienes el hambre no es vaga abstracción retórica, sino realidad concreta y temible a través de

toda la infancia, los que perseveran en el arriesgado empeño y acaban destrozados o triunfantes como «El Espartero», como Antonio Montes o como Juan Belmonte.

No se debe a simple y casual coincidencia que en los tres últimos siglos una mayoría de toreros salgan de Andalucía, la región más deprimida económicamente de España, con más hambre e injusticias sociales. En la todavía rígida división de clases en la sociedad feudal andaluza, la única posibilidad que se deja a los jóvenes desposeídos para ascender a una clase supuestamente superior es la lucha y el triunfo en los ruedos. Generación tras generación los mozos más ambiciosos, rebeldes y decididos tienen que utilizar esa válvula desesperada para escapar de las cornadas del hambre, a sabiendas del riesgo de perder la vida entre



Entierro de «Joselito», monumento de Benlliure en el cementerio de Sevilla.



Monumento a «Manolete» en Córdoba, obra de Avalos.

las astas de cualquier toro. De tener Belmonte otra perspectiva menos desolada que la de un misérrimo jornal en la «corta de Tablada», ¿hubiese retornado a los ruedos luego de sus primeras humillantes y vergonzosas derrotas taurómacas? Si Manuel Benítez hubiera dominado a fondo un buen oficio, ¿habría continuado la aventura taurina después de dos lustros de fracasos en las capeas, de la cornada sufrida en Loeches y de ver agonizar a su lado, en un hospital madrileño, en septiembre de 1959, a su compañero de andanzas y desventuras Manolo Gómez Aller?

La explotación secular del campesino andaluz, el hambre endémica de todo el proletariado bético, ha sido el mejor caldo de cultivo del arte taurómico. Sin esa situación antisocial que ha despoblado en los últimos veinte años los

pueblos del mediodía español, no hubiese habido tantos suicidas que se colgaran estóicamente de los pitones y a veces consiguieran revolucionar el toreo. Es posible—probable incluso—que una mejora real, efectiva y permanente en el nivel de vida nacional determine una crisis en la fiesta brava de muy distinta índole de la que llevan tantos años hablando los aficionados. Cabe incluso la posibilidad de que esa crisis se haya iniciado ya con la paulatina desaparición de los «fenómenos», tan abundantes en otras épocas. Ahora, en opinión de los críticos taurinos, llevamos siete u ocho temporadas sin aparecer ninguno, y tal vez sea «El Cordobés» el último de una larga serie de mozos andaluces que impulsados por el hambre y la desesperación consiguen hacer fortuna en los toros.

Se está dando en estas tempo-

radas un hecho tan curioso como significativo: que por vez primera en toda la historia de la tauromaquia, los aspirantes a matadores de toros sean más abundantes en tierras americanas que en la Península. ¿No indicará esto que pueda repetirse con la fiesta brava lo sucedido con el boxeo profesional? Hace medio siglo casi todos los campeones mundiales eran norteamericanos, ingleses, alemanes o italianos, pero de pura raza blanca. Hoy, cuando han mejorado las condiciones económicas para los trabajadores blancos, la casi totalidad de las grandes figuras del ring, los campeones del mundo, o son negros y chicanos, pertenecientes a unas minorías marginadas en USA o púgiles nacidos en los países del tercer mundo. ¿Ocurrirá algún día lo mismo con nuestra llamada Fiesta Nacional? ■ E. de G.